

Pedro Francisco del Álamo

Introducción.

Los relatos aquí recogidos fueron escritos en los años 2019 y 2020 y las poesías en muy diversas épocas para un poemario que titulé “El vientre de la ballena”.

Tras estos tres breviaros, las dos novelas copublicadas por dos editoriales (“La mala paz” y “Las rutas de la cruz”) y las tres novelas últimas (escritas en un espacio de un año) de las que tan solo hay, a día de hoy, un ejemplar autopublicado para mi estantería (“Rock viajes”, “El eterno presente” y “Camanon”) doy por concluido mi periplo como escritor y lo que esta experiencia me ha querido mostrar.

Doy las gracias y bendigo esta pasión que he ejercido desde niño y que tantísimas cosas me ha movido y tantos sueños ha generado, sueños que han sido tan solo sueños y si así ha pasado así tenía que ser. Ahora, a mis 46 años, no me encuentro con fuerzas ni inspiración para más aventuras literarias. Ahora la mente me pide descansar, descansar y descansar, y desde este descanso ver qué me trae la vida y observarlo, y dejarme vivir.

Así es.

ÍNDICE BREVIARIO 3:

- 1- LA SUSTANCIA DE LA PERPETUA FELICIDAD
- 2- LA CONDENA
- 3- DESHACER NUDOS
- 4- LA ZANJA
- 5- LOS ANIMALES DE ÁFRICA
- 6- LOS MIÉRCOLES EN LA CRISTALERA
- 7- VALIENTE
- 8- NOCHEBUENA EN LA CARRETERA
- 9- EL CALDERO DE LA BRUJA
- 10- TIERRA QUEMADA
- 11- UNA PLANTA LLAMADA LOLA
- 12- VÍA MUERTA
- 13- COMPILACIÓN DE POESÍAS

“LA SUSTANCIA DE LA PERPETUA FELICIDAD”

La expectación llegó a todos los rincones del planeta. El mensaje no podía ser más poderoso y evocador: el prestigioso científico Till Landers aseguraba haber descubierto la sustancia que aportaría la absoluta y perpetua felicidad, a la que habían bautizado como XXX.

El mensaje se había difundido rápidamente por los medios de comunicación y redes sociales, y en todo el mundo apenas se hablaba de otra cosa. Originaba conversaciones en los supermercados, multitud de foros entre internautas, encendidas tertulias en las mañanas y tardes televisivas. Y es que se trataba, ni más ni menos, la obtener la felicidad. Tan solo bastaría con tener a mano aquel misterioso XXX.

La presentación de la sustancia sería el último día de ese mes de abril, un lunes, a las diez de la mañana. Se daría a conocer en una rueda de prensa a la que tenía previsto acudir multitud de medios, y tendría lugar en la sala de conferencias del centro de congresos.

¿Cómo dejar de volar la imaginación recreándose en los efectos de tan mágico elixir en cualquier momento, ya fuera conduciendo, haciendo la compra o en esos instantes de antes de dormir? Ser feliz, feliz, olvidarse al fin de los problemas. Algo a lo que cualquiera aspira y apenas cree conseguir en fugaces soplos, también llamados momentos de placer. La audiencia de esa

rueda de prensa haría saltar por los aires cualquier nivel de audiencia conocido.

Till Landers se había especializado en investigación microbiológica, llegando a ser una referencia en su campo. Cuando apareció en la tribuna de la gran sala de conferencias el último día de abril a las diez de la mañana con su camiseta negra, su pelo blanco alborotado y una amplia sonrisa, todas las cámaras, micrófonos y flashes se centraron en cada uno de sus movimientos y sus palabras.

Paseó la mirada por la rebosante sala, adivinando en las primeras filas, tras los periodistas, a autoridades de primer orden internacional, tal que políticos, banqueros, empresarios o religiosos. Y además, en sus casas, miles de millones de espectadores permanecían pendientes a la pantalla de la televisión o al ordenador o a cualquier dispositivo que les mostrase lo que el insigne científico estaba a punto de revelarles. ¿Cómo sería? Algún tipo de pastilla, o jarabe, o infusión, o bebida... El planeta entero parecía palpitar a la vez ante tamaña expectación.

Till, sin dejar de sonreír, entrecruzó sus dedos y se aproximó unos centímetros al micrófono.

□ Gracias por venir □ las cámaras le enfocaron, los flashes se multiplicaron, los ojos de los asistentes se abrieron como platos. El científico acompañó sus primeras palabras con una leve inclinación de cabeza □. No se trata de ningún nuevo medicamento, ni de algún tipo de

extravagante remedio. De hecho, vengo con las manos vacías □un incipiente murmullo comenzó a recorrer la sala□. Estáis aquí porque os he prometido la sustancia con la que obtener la felicidad, y precisamente eso os vengo a mostrar. No habéis venido para nada, os lo aseguro. El XXX, que tanto interés ha generado, es el amor, de lo que todos estamos hechos, aunque a menudo lo olvidemos. Somos una unidad de amor, aquí y ahora. Aquí y ahora □repitió, mientras los concurrentes comenzaron a mirarse entre ellos□. Nada más necesitáis para ser felices en este eterno presente. Aceptación y rendición para llegar al amor. No os resistáis y dejad que la vida viva en vosotros, y nada os faltará para ser completamente felices. Cread vuestra felicidad. Tenéis el poder. Solo confiad. Ese es el resultado que he obtenido al levantar la mirada del microscopio. Levántenla ustedes. Les deseo buenas noches, y paz para todos.

Norman, el presidente del país, se levantó de su asiento gritando enérgicamente.

□No hemos venido hasta aquí para que se burle de nosotros. Amor, pero qué es eso del amor. Nos ha hecho albergar esperanzas y creer en un imposible.

Till, antes de bajar del estrado, le miró para dedicarle la mejor de sus sonrisas.

“LA CONDENA”

Tiran de la puerta con fuerza, está hinchada y se atranca en el suelo de tierra. El sol de la mañana entra a raudales estrellando los rayos contra la celda y mis ojos. Afuera, al otro lado del perímetro, el golpeteo que anuncia mi ejecución también llega con furia. Inclino mi tostado rostro al salir, hilos de oro traspasan mis párpados, arde la mañana y ardo yo con ella.

Dos hombres con varas acabadas en punta acotan el camino a seguir, uno a cada lado, anulando cualquier tentativa de huida. Estoy bien enseñado, pueden estar tranquilos, es inútil procurar la escapada en este recinto circular cercado con vallas y alambres de espino.

Conozco el destino inmediato y lo acato, ya estaba y está acatado, me dejo guiar por mis guardias hasta el lugar de las pavesas y el martilleo donde espera el verdugo pergeñando sus armas. Aún me cuesta acostumbrarme a la claridad y apenas lo distingo, es una silueta de aquelarre bermellón, o tal vez sea el fuego chisporroteante que le rodea, solo nos separan veinte pasos.

No levanta la vista, centrado en su labor, sus pasos para allá y para acá se hunden en charcos también rojos, a sus poderosos martilleos tiembla el suelo, prepara sus útiles como buen profesional. Todo en él es afán y concentración. No me ha mirado, no lo hará hasta que llegue, eso sería

perder el tiempo, solo soy uno más en su dilatada lista de ajusticiados.

Desde que fui apresado he permanecido amarrado con fuertes cuerdas alrededor del pecho y del cuello, he intentado zafarme de ellas, tantas y tantas veces, sin ningún éxito, las dejaron ajustadas a conciencia, a su peor y más concienzuda conciencia.

Aseguraría que entre los guardias captores estaban estos dos mismos que ahora me escoltan, aunque también puede que no, me parecen todos idénticos con esas miradas fieras y con sus armas iguales. Para aquella ocasión fueron más, muchos más, no cejaron con sus varas hasta que dejé de resistirme, hasta que me aturdieron, no les importaba acabar conmigo, al menos eso me parecía entonces. Ahora sé que me querían con vida, aún magullado, eso daba igual. No había llegado entonces el final, antes deben sacarme la utilidad.

Me trajeron hasta aquí amarrado, casi a rastras, para introducirme en el habitáculo sin ventanas que ahora dejo atrás, cada día pasaban dos o tres de esos captores con las varas levantadas en guardia. Gritaban y las agitaban en lo alto, cercándome hasta quedar encogido en un rincón. Yo no me rebelaba contra ellos, contra la misma reclusión, aún así me atizaban por cualquier lugar de mi cuerpo tostado, en la penumbra, con fuerza, yo quedaba arrodillado o tumbado sin moverme

del rincón. Temblando por el miedo y el dolor, que no de ira, ira no me queda.

Cesaba el apaleo, uno de ellos se aproximaba y tiraba de las cuerdas, movía su cabeza para los lados y me las tensaba un poco más, a pesar de que aquello me pareciera ya imposible, siempre un poco más, como si quisiera llegar con las cuerdas hasta los huesos. Para refrendar su buen trabajo tiraba de ellas haciéndome levantar el cuello del suelo y lo dejaba caer a plomo. Yo gemía y me quedaba paralizado, levantándome cuando cerraban a sus espaldas y volvía la oscuridad.

Dichosa oscuridad, para mí la salvación, quién me hubiera dicho que preferiría la oscuridad a la luz cuando vivía y correteaba libre por las praderas y los bosques. Comíamos lo que daba la naturaleza, bebíamos agua de los ríos, dormíamos cada noche donde nos viniera en gana, en convivencia con los demás seres que nos rodeaban. Hasta que aparecieron ellos, estos captores, o cazadores, o guerreros, o todo a la vez.

Les vimos aparecer por nuestras montañas, todo bicho viviente se apartaba a su furioso paso, vestían con largas pieles sujetas a la cintura y se cubrían la cabeza con gorros que les caían por los lados cubriendo las orejas. Empuñaban las indefectibles varas de extremo puntiagudo, iban también equipados con cuerdas para amarrarnos al darnos alcance tras la persecución profiriendo berridos con los que parecían envalentonarse unos a otros.

Cuando nos tenían cercados, a la orilla de un caudaloso río o al pie de un desfiladero, se acercaban coléricos para golpearnos repetidas veces hasta lograr reducirnos. Nos ataban y llevaban a la fuerza, larga fue la distancia, hasta uno de estos oscuros cuartos, asignando a cada uno de nosotros una celda diferente.

Aquí he escuchado, postrado entre la paja y un cubo de agua sucia, los lamentos desgarradores de cada uno de los que formaron mi grupo salvaje, el ritual de sometimiento de cada una de esas almas indómitas a la brutal condena que también a mí me aguarda.

El sol que cae sobre esta zona vallada hace que sude toda mi piel y me resquemem las heridas, hilos de lava sobre cicatrices frescas. Las lágrimas también son un resquemor, soy un bulto de llanto, la melancolía de la celda y la condena, el mundo entero es llanto y condena.

La memoria del dolor se renueva a cada paso, nada resta de rebeldía para intentar zafarme del inminente destino, nada de indocilidad permanece en mis fuerzas, fuerzas muertas. Soy yo, el mismo que gustaba de correr colina abajo y salpicar en el pantano, soy yo, el que respiraba hondo cada mañana y gustaba de contemplar la naturaleza en todo su universo y el universo contenido en mí, soy yo, lo sé porque conservo esas vivencias en el recuerdo. Por eso sé que soy yo, aunque nada de lo que fui, de lo que alentaba vida, queda ya en mí.

Atan la soga que rodea mi cuello en un poste, cubrimos los veinte pasos, los guardias me flanquean levantando las varas. Actuarán si lo han de hacer, no me cabe duda. El verdugo se acerca con paso firme llevando los útiles, a su espalda las brasas y las centellas enrojecidas pirueteando. Se posiciona a mi lado y se agacha para levantar uno de mis tobillos. Coloca algo duro y arqueado bajo mis cascos y lo fija con varias piezas largas con punta. Cuando chillo los escoltas me amenazan con las varas batiéndolas delante de mi hocico. A cada martillazo el dolor es más intenso, parece que vaya a quebrarse el resto de mi cuerpo bajo mi pelaje tostado, desde la crin hasta la cola.

Quedan otras tres pezuñas, esto es solo el principio. En este dolor es donde comienza la muerte del cuerpo, el espíritu del caballo que fui ya murió. Soy yo y ya no soy porque no se puede ser viviendo en los recuerdos. Condenado a una vida de sometimiento, ajusticiada mi libertad, a partir de hoy no seré más que la montura de uno de estos perseguidores de miradas fieras y armas iguales.